

„tro deseo : veréis agora lo que fio de vuestro valor;
 „y yo confesaré que vuestro mismo valor hace gran-
 „des mis intentos. Poco ha que aguardabamos á nues-
 „tros enemigos con esperanza de vencerlos al repa-
 „ro de esa ribera : ya los tenemos descuidados y des-
 „unidos , militando por nosotros el mismo desprecio
 „con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa
 „con que desampararon la campaña , huyendo esos
 „rigores de la noche , pequeños males de la natura-
 „leza , se colige cómo estarán en el sosiego unos hom-
 „bres que le buscaron con floxedad , y le disfrutaron
 „sin rezelo. Narbáez entiende poco de las puntua-
 „lidades á que obligan las contingencias de la guerra.
 „Sus soldados por la mayor parte son visoños , gen-
 „te de la primera ocasion , que no ha menester la
 „noche para moverse con desacierto y ceguedad : mu-
 „chos se hallan desobligados ó quejosos de su Capi-
 „tan : no faltan algunos á quien debe inclinacion
 „nuestro partido ; ni son pocos los que aborrecen
 „como voluntario este rompimiento : y suelen pesar
 „los brazos quando se mueven contra el dictamen ó
 „contra la voluntad. Unos y otros se deben tratar
 „como enemigos hasta que se declaren : porque si
 „ellos nos vencen , hemos de ser nosotros los trai-
 „dores. Verdad es que nos asiste la razon ; pero en
 „la guerra es la razon enemiga de los negligentes ,
 „y ordinariamente se quedan con ella los que pue-

„den mas. A usurparos vienen quanto habeis adqui-
 „rido : no aspiran á menos que hacerse dueños de
 „vuestra libertad , de vuestras haciendas , y de vues-
 „tras esperanzas : suyas han de llamar nuestras victo-
 „rias : suya la tierra que habeis conquistado con vues-
 „tra sangre : suya la gloria de vuestras hazañas : y lo
 „peor es , que con el mismo pie que intentan pisar
 „nuestra cerviz , quieren atropellar el servicio de
 „nuestro Rey , y atajar los progresos de nuestra Re-
 „ligion ; porque se han de perder si nos pierden : y
 „siendo suyo el delito , han de quedar en duda los
 „culpados. A todo se ocurre con que obreis esta no-
 „che como acostumbrais : mejor sabréis ejecutarlo ,
 „que yo discurrirlo : alto á las armas y á la costum-
 „bre de vencer : Dios y el Rey en el corazon , el
 „pundonor á la vista , y la razon en las manos , que
 „yo seré vuestro compañero en el peligro ; y entien-
 „do menos de animar con las palabras , que de per-
 „suadir con el exemplo.”

Quedaron tan encendidos los animos con esta ora-
 cion de Cortés , que hacian instancia los soldados so-
 bre que no se dilatase la marcha. Todos le agrade-
 cieron el acierto de la resolucion , y algunos le protes-
 taron , que si trataba de ajustarse con Narbáez , le ha-
 bían de negar la obediencia : palabras de hombres re-
 sueltos , que no le sonaron mal , porque hacian al brio
 mas que al desacato. Formó , sin perder tiempo , tres

Cómo formó su ejército.

pequeños esquadrones de su gente, los cuales se habian de ir sucediendo en el asalto. Encargó el primero á Gonzalo de Sandoval con sesenta hombres, en cuyo número fueron comprehendidos los Capitanes Jorge y Gonzalo de Alvarado, Alonso Dávila, Juan Velazquez de Leon, Juan Nuñez de Mercado, y nuestro Bernal Diaz del Castillo. Nombró por Cabo del segundo al Maestre de Campo Christoval de Olid, con otros sesenta hombres, y asistencia de Andres de Tapia, Rodrigo Rangel, Juan Xaramillo y Bernardino Vazquez de Tapia: y él se quedó con el resto de la gente, y con los Capitanes Diego de Ordaz, Alonso de Grado, Christoval y Martin de Gamboa, Diego Pizarro y Domingo de Alburquerque. La orden fue, que Gonzalo de Sandoval con su vanguardia procuráse vencer la primera dificultad de las gradas, y embarazar el uso de la artillería, dividiéndose á estorvar la comunicacion de los dos torreones de los lados, y poniendo gran cuidado en el silencio de su gente. Que Christoval de Olid subiese inmediatamente con mayor diligencia, y embistiese al torreón de Narbáez, apretando el ataque á viva fuerza; y él seguiria con los suyos para dar calor, y asistir donde llamáse la necesidad, rompiendo entonces las caxas y demás estruendos militares, para que su misma novedad diese al asombro y á la confusion el primer movimiento del enemigo.

Cómo dispuso la faccion.

Entró luego Fray Bartolomé de Olmedo con su exôrtacion espiritual, y asentado el presupuesto de que iban á pelear por la causa de Dios, los dispuso á que hiciesen de su parte lo que debian para merecer su favor. Habia una cruz en el camino, que fixaron ellos mismos quando pasaron á México; y puesto de rodillas delante de ella todo el ejército, les dictó un acto de contricion, que iban repitiendo con voz afectuosa: mandóles decir la confesion general, y bendiciendolos despues con la forma de la absolucion, dexó en sus corazones otro espíritu de mejor calidad, aunque parecido al primero: porque la quietud de la conciencia quita el horror á los peligros, ó mejora el desprecio de la muerte.

Fray Bartolomé dá su bendicion al ejército.

Concluida esta piadosa diligencia, formó Hernan Cortés sus tres esquadrones: puso en su lugar las picas y las bocas de fuego: repitió las órdenes á los Cabos: encargó á todos el silencio: dió por seña y por invocacion el nombre del Espíritu Santo, en cuya Pasqua sucedió esta interpresa: y empezó á marchar en la misma ordenanza que se habia de acometer, caminando muy poco á poco, porque llegáse descansada la gente, y por dar tiempo á la noche para que se apoderáse mas de su enemigo: de cuya ciega seguridad y culpable descuido pensaba servirse para vencerle á menos costa, sin quedarle algun escrupulo de que obraba menos valerosamente que solia en

Marchan los tres esquadrones.

Insidias generosas en la guerra.

este género de insidias generosas, que llamó la antigüedad delitos de Emperadores ó Capitanes Generales: siendo los engaños, que no se oponen á la buena fé, lícitas permisiones del arte militar, y disputable la preferencia entre la industria y el valor de los soldados.

CAPITULO X.

LLEGA HERNAN CORTÉS A Zempoala, donde halla resistencia: consigue con las armas la victoria: prende á Narbáez, cuyo ejército se reduce á servir debaxo de su mano.

Prendese una centinela de Narbáez.

HAbria marchado el ejército de Cortés algo mas de media legua, quando volvieron los batidores con una centinela de Narbáez, que cayó en sus manos, y dieron noticia de que se les habia escapado entre la maleza otra que venia poco despues: accidente que destruia el presupuesto de hallar descuidado al enemigo. Hizose una breve consulta entre los Capitanes: y vinieron todos en que no era posible que aquel soldado (caso que hubiese descubierto el ejército) se atreviese por entonces á seguir el camino derecho, siendo mas verisímil que tomáse algun rodeo, por no dar en el peligro: de que resultó, con aplauso comun, la resolucion de alargar el paso para llegar antes que la espia, ó entrar al mismo tiempo en

Alarga Cortés el paso.

el quartel de los enemigos: suponiendo, que si no se logrása la ventaja de asaltarlos dormidos, se conseguiria por lo menos la de hallarlos mal despiertos, y en el preciso embarazo de la primera turbacion. Asi lo discurrieron sin detenerse, y empezaron á marchar en mayor diligencia, dexando en un ribazo fuera del camino los caballos, el bagage y los demás impedimentos. Pero la centinela, que debió á su miedo parte de su agilidad, consiguió el llegar antes, y puso en arma el quartel, diciendo á voces que venia el enemigo. Acudieron á las armas los que se hallaron mas prontos. Llevaronle á la presencia de Narbáez; y él, despues de hacerle algunas preguntas, despreció el aviso y al que le trahia, teniendo por impracticable que se atreviese Cortés á buscarle con tan poca gente dentro de su alojamiento, ni pudiese campar en noche tan obscura y tempestuosa.

Puso la centinela en arma el quartel.

Desprecia esta noticia Narbáez.

Serian poco mas de las doce quando llegó Hernan Cortés á Zempoala, y tuvo dicha en que no le descubriesen los caballos de Narbáez que, al parecer, perdieron el camino con la obscuridad, sinó se apartaron de él para buscar algun abrigo en que defenderse del agua. Pudo entrar en la villa, y llegar con su ejército á vista del adoratorio, sin hallar un cuerpo de guardia, ni una centinela en que detenerse. Duraba entonces la disputa de Narbáez con el soldado, que se afirmaba de haber reconocido, no solamen-

Entra Cortés en la villa.